

CLAVES
Fernando Savater



Primera edición, febrero de 2025

© Fernando Savater

© Por el epílogo: Nuria Claver Cabrero

© Wabi Sabi Investments, S.C. 2025

Diseño y maquetación: @imparsifal

ISBN: 978-84-128429-4-4

Depósito legal: SE 283-2025

Impreso en España – Printed in Spain

Las claves de CLAVES

Para mí, la revista *Claves de Razón Práctica* fue ante todo una aventura. Y mientras funcionó como aventura me entusiasmó hacerla. Yo quería emprender algo con mi admirado amigo Javier Pradera, algo mas “nuestro” que *El País*, que por entonces también era una aventura fascinante aunque compartida con gente mas variopinta, unos con mejor pinta que otros. Aranguren, un golfo intelectual muy listo y carismático, dijo que *El País* era la realización de aquel intelectual colectivo que pidió Antonio Gramsci. Aún estando dispuesto a creerlo, oh *sancta simplicitas!*, me parecía que Javier y yo por nuestra cuenta (y sin rendir muchas cuentas a nadie) podíamos prolongar y profundizar esa hidra gramsciana de tantas cabezas con menos testas pero mejores resultados. Por supuesto, el cabecilla auténtico de la empresa era Pradera, aunque él respetaba mis iniciativas (que no todas fueron malas: los retratos literarios de Javier Marías, las casas de citas, etc...) casi exageradamente. Y con nosotros desde el primer día estuvo la indispensable Nuria Claver, siempre haciendo lo que había que hacer sin cansancio ni renuncios. Lo digo de una vez y valga por todas: sin ella no hubiera habido *Claves*, ni siquiera habría esta modesta recopilación de editoriales que hoy confiamos al amigo lector.

Para tener poquísimo dinero y eternos problemas de distribución, creo que lo hicimos bastante bien. Aunque nadie podía creerse las cifras irrisorias con el que sacábamos nuestro empeño adelante. Menos mal que siempre tuvimos amigos entre los mejores talentos de nuestro país que colaboraban

con nosotros casi por amor al arte. Además nos divertíamos haciendo la revista: dos o tres veces al mes me reunía con Javier en su despacho de Miguel Yuste y Juan Cruz, que ocupaba el despacho de al lado, ha contado que nuestras carcajadas le escandalizaban un poco. Luego Javier murió y yo intenté abandonar la revista, que me consideraba incapaz de llevar solo, pero voces amigas y muy queridas me disuadieron. Formamos un consejo editorial con personalidades estupendas y Nuria multiplicó su activa eficacia. La mayor novedad de esta segunda época de *Claves* fue la introducción de un tema de portada en cada número, presentado por un editorial que explicaba nuestra opción por él, según una sugerencia de Basilio Baltasar. Esos editoriales son los que encontrará el lector aquí reunidos. Fueron escritos a mi aire, en casi todas las ocasiones sin conocer los artículos sobre el tema que íbamos a publicar. Es mi incurable descuido al hacer las cosas serias (con las minucias suelo ser mas cuidadoso): la añorada Carmiña Martín Gaité decía que mis ensayos, sin aparato crítico ni remilgos académicos, eran “a lo gitano” y será por eso que los gitanos me han caído siempre tan simpáticos. En estos editoriales que ahora entregamos al público hay bastante bohemia también, pero no consigo arrepentirme de ello.

Aquí está el final de la aventura que fue *Claves de Razón Práctica*. Mil besos, Nuria. Y también un gran abrazo para ti, querido Javier.

Fernando Savater

La educación

Un venerable adagio jesuita aconseja no hacer mudanza en tiempos atribulados. Pero hay ocasiones en que es la tormenta misma la que fuerza a realizar cambios, so pena de naufragio. En este último trance estamos quienes pretendemos seguir adelante con esta revista no solo para mantenerla contra viento y marea, sino incluso para mejorarla. Tenemos que afrontar dos graves averías: la primera, irreparable, la pérdida de Javier Pradera, fundador y alma de esta publicación a lo largo de más de dos décadas; la segunda, las adversas condiciones impuestas –como a tantas otras empresas culturales– por la inacabable crisis económica actual. Doble crisis, por tanto, pero no olvidemos que etimológicamente esa palabra indica el momento crucial en que junto al mayor peligro aparece también la posibilidad de una recuperación salvadora.

De modo que a partir de este número, *Claves de Razón Práctica* elige renovarse. Un nuevo formato más manejable y exportable, periodicidad bimestral para hacer compatible la exigencia de calidad con la reducción de gastos, colaboraciones algo más breves y un consejo editorial formado por expertos de primera categoría cuyo apoyo remedie en la medida de lo posible la ausencia de Pradera y supla su certero juicio en tan diversas materias. Por supuesto, necesitaremos también más que nunca en la etapa que iniciamos la compañía de nuestros fieles suscriptores y lectores, así como esperamos suscitar el interés de otros nuevos que acudan al reclamo de la ampliación que proyectamos de nuestra indagación intelectual.

Aunque seguiremos huyendo de los monográficos y mantendremos la diversidad de contenidos, procuraremos que cada una de nuestras entregas tenga un tema sobre el que reuniremos varias opiniones autorizadas. En la presente nos centraremos en la educación y especialmente en lo que esperamos de ella: qué quisiéramos y qué necesitamos que nos procure, cómo debería ser mañana. Además, una evaluación jurídica esclarecedora de la polémica doctrina Parot, junto a otras notas de actualidad y ensayos sobre temas que nos inquietan en lo cultural, lo social o lo político.

Fieles por tanto a lo que *Claves* siempre ha sido... y queremos que siga siendo.

Número 222 (mayo / junio 2012)

El resurgir de la extrema derecha en Europa

Debilidad y grandeza de la democracia es dar cancha a quienes utilizan su forma para acabar con su fondo. En cierta remota ocasión, los atenienses ya sometieron a votación la propuesta de abolir la democracia misma... Esta aparente paradoja vuelve a repetirse con peligrosa frecuencia en la actualidad: hoy, cuando los estados democráticos fracasan en sus promesas de prosperidad creciente y sostenida, cuando se corrompen sus representantes o falla el control institucional de los grupos de poder económico y social, aparecen instancias demagógicas que ofrecen atavismos predemocráticos como soluciones para el futuro. Se descarta en seguida la posibilidad de profundizar la democracia de acuerdo con los nuevos retos que presenta la globalización y de buscar los acuerdos nacionales e internacionales que puedan sustentar el refuerzo de sus mejores conquistas. La opción preferida es el salto hacia atrás, la culpabilización de los derechos por la desatención a los deberes, el retorno a la sana inmundicia de la ley de la tribu y a la vieja escuela de “los nuestros primero, y los demás nunca, fuera o a la cárcel”.

Es la peor traición, la supuestamente debida a “la voz del pueblo” que arroja el perplejo pluralismo de los ciudadanos. Porque, a fin de cuentas, la democracia debería seguir siendo algo más que un mecanismo para elegir a las élites gobernantes entre las ya predeterminadas que se cooptan a sí mismas. Debe ser una provocación constante, un desafío que nunca se resigna a lo adquirido, a lo conveniente, a las nuevas fórmulas de vasallaje. En democracia lo importante

no son, por encima de todo, las comodidades y protecciones que eventualmente obtienen los “clientes”, inéditas en los demás sistemas pero que a veces quedan en precario, sino las peligrosas y contradictorias obligaciones de la ciudadanía: libertades para defender la libertad de todos, igualdad para respetar incluso las leyes que a uno le parecen más discutibles, solidaridad para apoyar a los principales damnificados por las cambiantes circunstancias sociales. Y cualquier otra oferta política, ofrezca lo que ofrezca, mutila aquello que más importa y saquea nuestra mayor riqueza.

En este número presentamos dos perspectivas sobre la amenaza de la ultraderecha —esa infección oportunista de la democracia— que hace algo más que apuntar en Europa... y probablemente también en Estados Unidos. Y una llamada de atención sobre una cuestión previa que prepara el terreno a malversaciones de la democracia: los condicionamientos políticos y económicos de los medios de información en cuestiones relevantes, que pueden llevar a peligrosos desvíos de la opinión pública.

Número 223 (julio / agosto 2012)

¿El género incómodo?

La revolución democrática de mayor trascendencia social ha sido la de la mujer. Pero como otras, solo ha ocurrido en los países políticamente privilegiados y aun en ellos conoce ocasionales amenazas de involución. Desde los comienzos ilustrados de la modernidad, las mujeres se han ido abriendo un camino hacia la plena ciudadanía, enfrentándose a prejuicios acrisolados, anatemas clericales, burlas que encubrían terrores masculinos y otras formas de incompreensión interesada. Ha sido una lucha en el plano de lo teórico y de lo simbólico, desde luego, pero que poco a poco ha ido institucionalizándose en reformas legales, cuya culminación constitucional no tiene en los casos más aventajados ni siquiera un siglo. Desde su comienzo, este proceso hondamente subversivo de la sociedad tradicional no solo ha ido modificando los roles familiares, laborales y políticos sino que también ha transformado la consideración antropológica del ser humano.

Como en otros movimientos revolucionarios, incluso los más pacíficos en sus métodos, se han mezclado en este las reivindicaciones mejor razonadas con los excesos apasionados. En algunos puntos cruciales, el debate continúa aún hoy todavía abierto entre quienes se empeñan en mantener jerarquías “naturales” en la sociedad y los que pretenden que todas las características ligadas a la diferencia de sexos son meras convenciones sociales. Y es educativo constatar que siempre los más recurrentes argumentos a favor de un disparate extremista suelen abreviarse en el disparate

extremista de signo opuesto. En cualquier caso, resulta más accesible renovar las mentalidades en aspectos teóricos que en los directamente ligados a prácticas cotidianas: en España, por ejemplo, abundan mucho más los varones dispuestos a compartir los planteamientos feministas que las tareas domésticas...

Cierta actitud posmoderna pretende que todas las culturas y formas sociales son equivalentes, cada cual dentro de sus correspondientes parámetros valorativos. No comparto ese criterio: a mi juicio, el pleno acceso a la ciudadanía *optimo iure* sin restricción por etnia, religión o sexo sigue siendo la señal distintiva de las sociedades abiertas frente a las cerradas, de lo preferible ante lo rechazable. Por tanto, todas las formas políticas que restringen los derechos de la mujer por serlo son contrarias a la emancipación democrática. Sin embargo, el que en nuestros países europeos desarrollados no existan sobre el papel tales discriminaciones no puede darnos una patente irrestricta de buena conciencia. Por un lado, porque lo que funciona en el ámbito legal no siempre tiene reconocimiento efectivo en lo salarial ni en la cotidianidad doméstica. Y por otro, porque los recortes y restricciones a veces brutales que responden a la actual crisis económica directa o indirectamente vuelven a “recomendar” el regreso de la mujer a su papel tradicional en el hogar: renunciando a puestos laborales para no disputárselos a los varones amenazados por el paro y volviendo a ejercer como enfermeras, cuidadoras de ancianos, etcétera... para compensar los retrocesos de la protección social en esos campos. En España, la práctica aniquilación por razones económicas de la Ley de Dependencia –la más progresista dictada por el anterior Gobierno socialista– acelera ese retroceso.

En cuanto a la ciudadanía, desde la Grecia clásica, las mujeres siempre lo han tenido difícil y por unos u otros

motivos, pese a los fundamentales avances, siguen teniendo que luchar en campo contrario... sobre todo en países como el nuestro. Pero nadie que quiera vivir en una sociedad de ciudadanos puede desentenderse de tales reivindicaciones y de reflexionar sobre la transformación social que sigue pendiente para cumplirlas.

Número 224 (septiembre / octubre 2012)

Buscando el rumbo

Es tradicional reclamar de los intelectuales una mayor implicación política y social. Se trata de una especie de trampa saducea. Si mantienen un perfil bajo y solo se dedican a compromisos genéricos, es decir, compromisos poco comprometedores, conservan el vago aprecio de los menos exigentes, pero en cambio se ganan la rechifla de los inconformistas. Si, por el contrario, se implican con denuesto en la gresca ideológica, son aplaudidos por quienes comparten sus posiciones y tachados de sectarios por el resto del personal. Por no hablar de cuando pretenden sostener una actitud crítica frente a los varios partidos en liza, situación que les convierte en adversarios de todos...

Y sin embargo, es necesario que siga habiendo intelectuales capaces de comprometerse racionalmente en los dilemas del mundo cambiante y perplejo en que nos ha tocado vivir... como a todos los hombres en el pasado, por otra parte. Los verdaderos intelectuales, los provechosos, no son gurús ni sumos sacerdotes sino más bien aceleradores de partículas mentales. En alguna ocasión he definido al intelectual como cualquier ciudadano que trata a los demás como si fueran intelectuales: es decir, que no intenta seducirlos ni deslumbrarlos o intimidarlos, sino que pretende conectar con la capacidad de persuadir y ser persuadido que hay en todo ser pensante. Es esa actitud la que debe caracterizar al intelectual, no su profesión o su vocación creadora.

Este número de nuestra revista aparece cuando se cumple un año de la muerte de Javier Pradera, que fue su fundador

y su nervio intelectual durante más de veinte años. Quienes hoy seguimos haciéndola no dejamos ni un día de echarle de menos, pero creemos que continuar en el tajo –pese a nuestras insuficiencias– es la mejor forma de honrar su memoria. En estas páginas le rinden homenaje algunos de quienes fueron sus amigos, pero también queremos celebrar a intelectuales de estilos diferentes: Ray Bradbury, fantástico viajero a tantos otros mundos que también están en este; el disidente y herético Blanco White, y antes de todos ellos Erasmo de Rotterdam, el primero de este linaje, adversario razonante de la guerra y controvertido apóstol de una tolerancia que no implica indiferencia o dimisión moral. Su ejemplo nos sigue siendo imprescindible para “no entregarnos al pánico de las tinieblas”, como recomendó el viejo Kant en una de sus últimas anotaciones confidenciales.

Número 225 (noviembre / diciembre 2012)

El malestar de la salud

¡La sanidad pública no se vende, se defiende! Tal es el lema que estamos viendo en las pancartas de las protestas que se suceden en Madrid contra los recortes y privatizaciones encubiertas que afectan a este sector esencial de lo que ya no sé si puede seguir llamándose “Estado de bienestar”. Porque el malestar se generaliza, se agrava y no parece tener cura... al menos a corto plazo.

En efecto, la seguridad social –junto a la igualación de los derechos sociales y políticos de la mujer– es la gran revolución efectiva y progresista de la era contemporánea. En particular, la sanidad pública no es sencillamente una oferta más del Estado en su mostrador de servicios, sometida por tanto a los condicionamientos de las prioridades económicas del momento: es más bien uno de los fines del Estado mismo, es decir, uno de los objetivos fundamentales que legitiman su existencia.

Se trata de una conquista del progreso civilizatorio, no de un logro particular de la izquierda o la derecha. Aunque también algo acerca de cuyas garantías de mantenimiento hay que reflexionar, pues no bastan las declamaciones estupendas pero retóricas.

En la valoración actual del estado de salud de la sanidad pública –y de las dolencias que la amenazan, sean endémicas o estacionales– se combinan consideraciones de muy diverso tipo, tanto científicas como económicas, tanto estrictamente políticas como de ética pública, tanto demográficas y migratorias como filosóficas o conceptuales.

Todos los humanos somos iguales ante la vulnerabilidad de nuestra carne y lo inexorable de nuestra mortalidad, pero a la hora de hallar resguardo social que nos proteja de tan comunes amenazas sucede lo avisado por George Orwell en *Rebelión en la granja*: “Todos iguales... pero unos más iguales que otros”.

Y si nos descuidamos, quizá mañana solo haya resguardo para unos pocos triunfadores y los demás deban contentarse con chapuzas y placebos.

En cualquier caso, creo que en este número hemos logrado reunir un florilegio de opiniones de competencia insoslayable sobre el tema que dará materia de reflexión bien fundada a nuestros lectores.

Y también atendemos, como de costumbre, otras cuestiones interesantes: análisis de la situación en el País Vasco después de las elecciones, una consideración global de la temperatura política en Argentina y un intento de aclarar qué puede significar el federalismo en nuestro país, término que se ha convertido en mantra de bienintencionados en busca de soluciones y oportunistas que pretenden esquivar la responsabilidad de sus errores.

Porque hay muchos malestares que sanar, sin duda, tanto de los particulares como de la propia sociedad democrática.

Número 226 (enero / febrero 2013)

Los enredos de la red

En cada logro civilizatorio está latente la barbarie. Así lo advirtió Walter Benjamin. Sin duda el avance tecnológico más revolucionario de las últimas décadas ha sido Internet, que ha abierto un nuevo mundo lleno de posibilidades de conocimiento y creación, pero también de inéditas amenazas. Entre estas destacan las de los filibusteros contra la propiedad intelectual por medio de descargas ilegales y apropiación de archivos ajenos. Burlan así la debida retribución y control de la propia obra de investigadores, músicos, cineastas, escritores, periodistas, diseñadores, etcétera. Es decir, comprometen la tarea creadora de quienes aportan los contenidos más relevantes a la Red y, por tanto, su continuidad misma. Lo malo es que se justifican con una ideología democráticamente torticera (aprovechándose de que los inventores siempre serán una minoría frente a quienes pretenden disfrutar gratuitamente de sus inventos) y la sacralización de una libertad en la Red consistente en la ausencia de normas y no en el cumplimiento de las razonables. Algunos hasta pretenden convertir el abuso en seña de identidad generacional: el transgresor idealismo juvenil frente a la acaparadora rigidez de los mayores y todo ese insulso bla-bla...

Es evidente que determinar y hacer cumplir una normativa que proteja tanto la propiedad intelectual como la libertad de los usuarios no es cosa fácil. Pero el sistemático rechazo de todas las leyes que se proponen al respecto me recuerda lo que durante tanto tiempo hemos padecido en el País Vasco respecto al terrorismo: oficialmente todo el mundo

proclamaba querer acabar con él, aunque cualquier medida legal específica para conseguirlo era inmediatamente criticada por abusiva o ineficiente...

Además de este debate, proponemos en el presente número otras reflexiones de interés. Por ejemplo, sobre la candente cuestión de los derechos ciudadanos en lo tocante a la lengua común y las lenguas autonómicas en España, que nos ha llevado a la insólita situación de que sea visto como una agresión a las segundas la simple defensa de la opción en la enseñanza y otros campos públicos por la primera.

También ofrecemos semblanzas del último galardonado con el premio Cervantes, el poeta y novelista Caballero Bonald, y de una gran figura intelectual recientemente desaparecida, Agustín García Calvo. Nuestra Casa de Citas va dedicada en esta ocasión al novelista, dramaturgo y ensayista Albert Camus, el centenario de cuyo nacimiento se conmemora este año mientras su obra y su perfil cívico han seguido creciendo ininterrumpidamente desde su temprana muerte.

Número 227 (marzo / abril 2013)

¿Gana siempre la banca?

¿Son los banqueros culpables de la crisis? Nunca ha gozado ese gremio de grandes simpatías entre el pueblo llano, pero hoy probablemente encabezan –junto a los dirigentes políticos– el ranking de acusados por los males económicos y sociales que padecemos. Constituyen una casta antes adulada y hoy denostada, aunque envidiada siempre, contaminada por su familiaridad con el dinero, es decir, con nuestro dinero, del que a veces parecen guardianes y otras secuestradores. La ambigüedad de nuestra relación con ellos proviene de la que mantenemos con el dinero mismo, ese oscuro objeto de deseo por el que nos despreciamos íntimamente y del que Schopenhauer dijo con perspicacia cruel que es “felicidad abstracta”. La promesa de los bienes que confusamente anhelamos, la barrera defensiva contra las desdichas que ciertamente tememos...

En mayor medida que otros estamentos, los bancos y cajas de ahorro se fundamentan en el cimiento social por antonomasia: la confianza. Les damos crédito y, llegado el caso, esperamos que nos lo devuelvan como es debido. Pero es precisamente esa confianza la que hoy se ha resquebrajado, de forma escandalosa y evidente.

Algunas entidades han sido gestionadas de forma ineficiente, generando pérdidas que después han tenido que ser compensadas con dinero público, o sea que los ciudadanos han tenido que costear el rescate de sus propios fondos comprometidos. En diversas ocasiones, se ha aconsejado a clientes nada versados en riesgos especulativos opciones preferentes que se han revelado letales para sus ahorros.

Para colmo, los bancos frecuentemente habían concedido hipotecas con cláusulas abusivas –lo ha reconocido la propia Unión Europea– que han desembocado en un rosario de desahucios con todos sus dramas humanos y el escándalo social concomitante. Los beneficiarios de ayudas públicas se muestran inmisericordes con los acreedores privados...

Por biensonantes que resulten ahora a oídos populistas (el populismo es la democracia de los ignorantes) ciertas descalificaciones genéricas de trazo grueso, parece mejor tratar de comprender en su complejidad la función de los bancos, desde sus inicios hasta la compleja situación actual en el mundo globalizado. Y analizar sin tapujos, pero también sin ánimo morboso, los fallos estructurales y los abusos que nos han traído a donde estamos. Es lo que intentamos en este número, con ayuda de significados especialistas que aportarán elementos imprescindibles para la reflexión de nuestros lectores.

Y complementamos esta incursión en cuestiones económicas con apuntes sobre el imparable paro, la dación en pago como paliativo en algunas situaciones críticas de desahucio, etcétera...

Como también publicamos otras colaboraciones de corte decididamente político, el alma del lector –seguro que muchos disfrutaban de ella incluso antes de la elección del nuevo papa– agradecerá con alivio que también se hable en nuestras páginas de Mozart, Dostoyevski, Jorge Semprún o Raymond Carver. Sobre todo se solazará con la Casa de Citas de este número, que corresponde a María Zambrano, una gran pensadora española tan comprometida con la poesía de la razón como con las razones de la poesía... y siempre con el espíritu de la democracia.

Número 228 (mayo / junio 2013)

Disuadir y defender

Hasta hace poco, el Ejército era mirado con desconfianza en España. Hoy es una de las instituciones mejor valoradas, quizá porque ya se desconfía de casi todas las demás. Sin embargo, no es seguro que ni la actual consideración positiva mayoritaria ni la pertinaz animadversión de algunos sectores se vea acompañada por un buen conocimiento de esa institución. ¿Cómo ha evolucionado el Ejército en España? ¿Cuáles son sus funciones nacionales e internacionales en la comunidad democrática? ¿Qué repercusión económica y social tiene su modernización o incluso su simple mantenimiento? Tales son algunas de las cuestiones para las que pretendemos apuntar respuestas en este número. Ni el miedo ancestral ni el repentino fervor bastan para comprender qué es lo que necesita el ciudadano para saber qué debe esperar y qué puede exigir de aquello que costea con sus impuestos.

Uno de los propósitos más firmes de esta revista es mantener a los lectores convenientemente informados de lo que ocurre en los países de Hispanoamérica, porque creemos que también España es a su vez un país hispanoamericano. Por tanto, dedicamos hoy una consideración especial al resultado de las recientes elecciones venezolanas, tras la muerte del presidente Chávez, mirando hacia el futuro de su desarrollo democrático y social. Lo que allí está ocurriendo y va a ocurrir no puede dejar de tener repercusiones múltiples entre nosotros.

Como siempre, hay muchas otras cuestiones a las que intentamos atender con propuestas de reflexión pero sin

pretensiones dogmáticas o cerradas, sean los tan polémicos escraches o nuevas consideraciones sobre la crisis de la sanidad pública. Y, por supuesto, no dejamos de referirnos a los temas de arte y cultura, es decir, lo que no pasa y siempre vuelve dentro de lo que vertiginosamente pasa, del Cancionero de burlas a ese otro gran burlón cinematográfico que fue el recientemente desaparecido Jesús Franco, pero también la pintura de los grandes maestros en su proyección política, la poesía de Rubén Darío o la música de John Coltrane. En cuanto a la selección de citas que cierran este número, espero que nadie nos reproche la elección del atrabiliario pero humanamente indomable y hondamente poético Thomas Bernhard.

Número 229 (julio / agosto 2013)

Alarmas separatistas y unión plural

¿Ha sido España solo un espejismo que ahora se desvanece? Quizá el más antiguo de los Estados modernos de Europa, ciertamente uno de los más cargados de gestas gloriosas y miserias históricas (a menudo los mismos hechos vistos desde distintas perspectivas), por cuya cimentación democrática tantos han luchado tanto, que pasó de la dictadura a las libertades cívicas a la europea con una suavidad elegante y probablemente engañosa capaz de impresionar a propios y extraños, parece hoy a punto de resquebrajarse. Desafección independentista de algunas de sus regiones más significativas, hostilidades territoriales y recelos mutuos, ausencia de una reivindicación progresista de la unidad del país no como mal a soportar sino como conquista beneficiosa a defender, todo contribuye a dejarla deconstruida e inerte frente a la crisis mundial y la interna corrupción de su vida pública. Resuenan lúgubrementes en la memoria los versos de Gil de Biedma: “De todas las historias de la historia la más triste es la de España... porque acaba mal”.

El lenguaje mismo se resiente a este respecto con alteraciones perversas. Cualquiera puede reconocerse sin desdoro político vasco, catalán o andaluz, pero no español: el término ha sido sustituido por “españolista”, es decir un ente obcecado que no admite la sagrada dispersión de nacionalidades ibéricas. Es una especialidad local, porque a los franceses nadie les impone declararse “francesistas” ni a los italianos “italianistas”, etcétera. A todas horas oímos reclamar el “derecho a decidir”, lo cual en un Estado democrático es

como si los peces pidieran que se les concediese el derecho a nadar. Pero en la jerga de los movimientos separatistas, el derecho a decidir que reclaman para ellos consiste en no dejar decidir al resto de los compatriotas sobre el futuro político de tal o cual región del país que hasta ahora compartimos. En fin, la lista de equívocos maliciosos o enredos históricos es más larga que cualquier paciencia. No pretendemos en este número agotar los múltiples aspectos de esta situación, quizá la más problemática y simbólicamente desoladora que afronta hoy nuestro país: nos daremos por satisfechos si aportamos al inevitable debate ciertas perspectivas generales esclarecedoras y algunos análisis concretos reveladores.

También abordamos en esta entrega otras cuestiones que merecen reflexión: la situación actual de la Universidad en España (que suele despacharse con simplificaciones sectarias o quejas de un pragmatismo ramplón), la intrincada vinculación entre la conciencia y el cerebro con sus controvertidas repercusiones humanistas, la condición actual de la filosofía (sí, la filosofía, qué le vamos a hacer) en el debate intelectual cosmopolita... No faltan los nombres propios ilustres en nuestro frontispicio, como Bolaño o Gómez de la Serna. Y también el recientemente desaparecido Richard Matheson, un autor que se lo pone más difícil que Dan Brown a los pedantes aficionados a despreciar la literatura popular frente a la “verdadera” literatura. Nuestra Casa de Citas del día la destinamos a Henry David Thoreau, un libertario precursor de la indignación contra ciertos abusos estatales que cada vez despierta más interés en el sector menos bostezante de los lectores actuales.

Número 230 (septiembre / octubre 2013)

El pecado del mundo

¿Cuál es el peor pecado del mundo? Me refiero al más grave y también al que más víctimas causa. Aunque no faltan candidatos a este primer puesto en el ranking de la ignominia, a mi juicio la corona de espinas –que no de laurel– se la gana el hambre. Que en esta época de milagros tecnológicos que tantas carencias pueden remediar, cuando la mayoría de los habitantes de los países desarrollados llevamos en el bolsillo un smartphone con prestaciones que celebran el ingenio humano, haya en el mundo millones y millones de personas que carecen del mínimo de alimento necesario para sustentarse... no es precisamente una paradoja, sino una vergüenza criminal. De todas las necesidades, la de comida y agua no es solo la más grave por lo básica sino también la más humillante porque reduce a quienes la padecen a su condición zoológica de puros cuerpos desnutridos, físicamente boicoteados. No hay justificación económica ni política que pueda facilitar la digestión de quienes convivimos con esta patente abominación. Tanto menos cuando no solo afecta a los países del llamado subdesarrollo sino también cada vez más a conciudadanos de los nuestros, golpeados por la crisis y que a veces tratan de disimular por pudor el vacío de sus estómagos... y el de sus hijos. Mientras tanto, nuestros medios de comunicación celebran el omnipresente carnaval gastronómico que padecemos, con chefs convertidos en estrellas (no solo de la guía Michelin) y platos que subliman hasta el ridículo la inapetencia estragada de los esnobs...

En este número afrontamos diversos aspectos de la extensión y causas de esta lacra de la humanidad actual. En conexión con ella hablamos también de la pobreza, uno de los temas a mi juicio más estrictamente culturales, aunque las revistas de cultura no suelen frecuentarlo. Otra cuestión política que afrontamos y que está en el trasfondo de buena parte de los casos de corrupción que toca lamentar: la financiación de los partidos. También nos ocupamos de la introducción del inglés como lengua vehicular de enseñanza en algunas de nuestras comunidades, algo que presenta más problemas de los que habitualmente se quieren admitir.

En otro orden de cosas, tenemos la suerte de poder publicar el discurso con el que Javier Marías aceptó su reciente Premio Formentor y que es toda una lección literaria sobre el ejercicio de la literatura. Este mes se cumplen dos años del fallecimiento del añorado Javier Pradera, fundador de esta revista, y lo conmemoramos con un comentario al libro que reúne los escritos de su época en el partido comunista así como los de su ruptura con él. Le acompañan artículos sobre Marcel Proust, Picasso y Scott Fitzgerald, una trilogía de grandes que nunca pasan de moda pero a cada uno de los cuales hoy alguna moda o conmemoración ha puesto de especial relieve. El inquilino de nuestra Casa de Citas es Miguel Catalán, a mi juicio sugestivo pensador y fino autor de aforismos: ustedes juzgarán.

Número 231 (noviembre / diciembre 2013)

¿Merece la pena ser europeísta?

“España es el problema, Europa la solución”: A finales de la interminable dictadura franquista, el célebre apotegma de Ortega era dogma para muchos de quienes entonces éramos jóvenes. Después nos ocurrió lo mismo que al irlandés que emigró a América convencido de que allí las calles estaban pavimentadas en oro: cuando llegó, descubrió que las calles no estaban pavimentadas en oro, que muchas no estaban pavimentadas en absoluto y que tendría que pavimentarlas él. Europa aportó sin duda a la incipiente España democrática decisivos apoyos económicos, sociales y políticos (la relativa tranquilidad de la transición y el fracaso de los amagos involucionistas, Tejero incluido, fueron favorecidos sin duda por nuestra inclusión europea), pero paulatinamente fuimos descubriendo que también significaba una tarea que imponía restricciones y sacrificios.

Hoy la Unión Europea, ese magnífico ideal político que como otros brilla más de lo que calienta, no tiene ya tantos entusiastas, ni en España ni en muchos de los demás países. La crisis económica favorece descontentos razonables y, lo que es peor, el auge de adversarios populistas que los aprovechan para plantear enmiendas a la totalidad desde el extremismo de derechas o de izquierdas: los inmigrantes como chivos expiatorios del menoscabo de derechos sociales y laborales, el abandono del euro como remedio de los males económicos, el separatismo identitario que jura fidelidad a la unión europea mientras pretende desunir letalmente alguno de los estados que la componen...

Y sin embargo, hay muchas cosas en Europa que siguen valiendo la pena. No olvidemos que continúa aportando más del sesenta por ciento del total de la ayuda a los países en desarrollo (más que Estados Unidos, desde luego, por no hablar de las ricas satrapías de Arabia, China, etc.) y, aunque a veces con ineficiencia y sobra de retórica autocomplaciente, aún constituye un apoyo ineludible para los derechos humanos en todo el mundo. Mi definición predilecta de Europa sigue siendo la que hace años propuso el filósofo francés Jean-Pierre Faye: “Europa es dónde no hay pena de muerte”. En este número pedimos a dos españoles, un italiano y un alemán, que nos aporten luces sobre Europa, desde la historia del propio nombre hasta sus perplejidades políticas y económicas actuales, para ayudarnos a mantener la vista puesta en la importante cita en el futuro inmediato que suponen las elecciones al Parlamento Europeo de este año.

Como siempre, también incluimos otras indagaciones, de la historia al urbanismo, pasando por un balance de los movimientos revolucionarios de la llamada “primavera árabe”. Con dos voces autorizadas y desde distintas perspectivas, volvemos sobre la cuestión de las víctimas del terrorismo etarra, página que algunos oportunistas se empeñan en pasar sin haberla leído. Rendimos homenaje, no meramente hagiográfico, sino de evaluación reflexiva, a dos grandes figuras intelectuales españolas recientemente desaparecidas: Martín de Riquer y Juan José Linz. Y rememoramos a una figura curiosa y olvidada (o desconocida por la mayoría), el padre Wenceslao Ciuró, con quien en la infancia aprendí la fascinación del ilusionismo o magia blanca aunque para desengañarme pronto de mis habilidades como prestidigitador.

La Casa de Citas de este número no es propiamente tal, pues tenemos la suerte de poder ofrecer un inédito sobre arte

(gentileza del profesor Daniel Moreno) de George Santayana, el filósofo español más vocacionalmente cosmopolita de cuyo nacimiento se cumple siglo y medio. Por cierto, fue Santayana quien señaló que “lo más arduo de las alianzas internacionales es tener que acostumbrarse a ser gobernados en parte por extranjeros”. Lo cual nos remite de nuevo al tema de la Unión Europea...

Número 232 (enero / febrero 2014)

La monarquía, entre pragmatismo y desafección

“Insegura reposa la cabeza que ciñe una corona”. Proclama el Enrique IV de Shakespeare. En el caso de España, la cabeza del rey está afortunadamente muy segura, pero de la corona misma en cambio no puede decirse tanto. Pese a que la monarquía se restauró en nuestro país gracias a una decisión (de indudable habilidad política) del dictador Franco, su compromiso gradual pero firme con las exigencias democráticas logró ganarse un refrendo popular que iba mucho más allá de los recovecos de la legitimidad dinástica. De imposición del dictador, Juan Carlos I supo pasar a ser garante de la recuperación de las libertades civiles e incluso en un momento crítico servir de baluarte contra quienes pretendieron la involución hacia formas autocráticas del pasado. Hasta quienes sentíamos menos entusiasmo por la fórmula monárquica porque tenemos una concepción republicana de la ciudadanía la aceptamos por pragmatismo y porque la consideramos útil como elemento simbólicamente unificador de un país propenso a la fragmentación y el enfrentamiento civil.

Desgraciadamente, aquella utilidad en el pasado está hoy en entredicho. Graves errores de comportamiento del propio monarca se suman a otros que pueden ser delictivos de algunos familiares muy próximos. El bibelot regio que adornaba las repisas de los más complacientes vacila al filo de caer y hacerse añicos; los pragmáticos dudan de si merece la pena detener ese derrumbe, aunque temen sus consecuencias... Pese a que vivimos en tiempos desmitificadores poco propensos al hechizo

de estirpes aristocráticas, la integridad y la eficacia podrían aún servir de escudo a la monarquía, pero eso probablemente exigiría el traspaso de la corona a su heredero... mientras aún es tiempo de soluciones relativamente indoloras. Hemos intentado aportar en este número algunas reflexiones útiles para calibrar *sine ira et studio* esta situación políticamente delicada.

También nos ocupamos de otra importante presencia en la vida democrática comprometida en el alero de la lucha por la supervivencia: los medios de comunicación, en la era aún confusamente regulada (desregulada, más bien) de Internet. Y dos temas que desafían hoy juntamente la sensibilidad moral y legal de muchos ciudadanos conscientes: la regulación legal del aborto y la utilización militar o paramilitar de un arma nueva, los drones. En el área de la evocación de importantes figuras desaparecidas pero cuya influencia o ejemplo no han cesado, incluimos trabajos sobre Francisco Ayala, John F. Kennedy, Octavio Paz, Primo Levi, el editor Josep Janés... para no contribuir a la perpetua desmemoria tan iconoclasta como quizá suicida que caracteriza nuestro momento de vertiginosa fugacidad on line.

La Casa de Citas va dedicada al genio y figura de Hannah Arendt, una pensadora política y social que aún sigue rodeada de polémica pero también es considerada hasta por sus adversarios como un perpetuo semillero de ideas acuciantes. No se trata, como en la obra de Dürrenmatt, de la visita de la vieja dama indigna, sino en todo caso de una dama a veces indignada pero siempre digna de consideración.

Número 233 (marzo / abril 2014)

El laicismo como requisito democrático

Algunos consideran el laicismo una opción democrática más. Otros la tenemos por un requisito inexcusable de la democracia madura, sea preferentemente en su formulación rigurosa o incluso en la suavizada como aconfesionalidad, laicidad positiva, etcétera. El laicismo no va contra las religiones, sino que pretende garantizar la libertad de todas las conciencias ante la pretensión de dogmatizar teológicamente el control político de las mismas. La regla puede expresarse con la vieja máxima de la Francia republicana: “Loi égal, foi libre”. Una vez acordada y establecida una misma ley para todos por los representantes de la soberanía nacional, cada cual tiene derecho a buscar su propio perfil de excelencia o salvación personal dentro del respeto a la norma común.

Y este perfil no solo debe estar libre de imposiciones religiosas sino también de otros condicionamientos previos de índole prepolítica, sean étnicos, lingüísticos, de género, raciales, genealógicos, físicos... Dentro del marco establecido por la legalidad, el laicismo es el derecho de cada cual a plantear su vida de un modo diferente a todos los demás o de concordar en creencias y costumbres con quienes prefiera. En ello reside precisamente el contenido emancipador de la institución democrática: pertenecer a una colectividad en la que solo el reglamento legal es obligatorio y la elección de vida creación personal.

Me temo que el laicismo en su formulación más exigente es un ideal que en ninguna parte se practica del todo, quizá ni siquiera se comprende, y contra el que conspiran los

clérigos con pretensiones de poder y las tribus con afanes de reclutamiento forzoso. Desde luego en España sigue siendo una aspiración hacia la que ya se han dado pasos relevantes –¡recordemos de dónde venimos!– pero cuya implementación efectiva hoy aún deja mucho que desear. Ahí están el Concordato con la Santa Sede y los derechos históricos mencionados en la Constitución para demostrarlo. Acerca de algunas de las cuestiones planteadas por este tema poliédrico, ambicioso y generalmente malentendido giran los artículos del área monográfica del presente número de nuestra revista (y varias reseñas y comentarios de los restantes apartados), destinados como siempre no a resolver y cancelar la cuestión sino solo a brindar a los lectores elementos razonables para que construyan de modo mejor argumentado su propia opinión.

Por lo demás, incluimos artículos sobre cuestiones debatidas que siguen pareciéndonos claves en nuestra actualidad política e intelectual, como la posible reforma de la Constitución, la Universidad y su vocación científica, los proyectos secesionistas, la gestión medioambiental... Nuestras semblanzas se dedican a un gran pensador político, Maquiavelo, y a un notable hombre político recientemente desaparecido, que fue crucial en la transición de España de la dictadura a la democracia: el presidente Adolfo Suárez. La Casa de Citas de este número se la dedicamos a una figura singular de la Ilustración entre nosotros, el abate José Marchena (que de abate solo tuvo enigmáticamente el título), primer traductor a nuestra lengua nada menos que del poema de Lucrecio *De rerum natura*, así como de Molière, Voltaire y que sin duda no poco tendría que decir sobre lo laico y lo sacro en España...

Número 234 (mayo / junio 2014)

El turismo como negocio y cultura

Desde hace medio siglo el turismo es nuestra mayor industria no solo ha constituido un permanente y siempre agradecido negocio en nuestras playas, sino que en su día facilitó la liberalización de las costumbres a finales de la pacata dictadura franquista, como atestiguan numerosos relatos filmicos o novelescos, canciones veraniegas y hasta recuerdos personales de quienes entonces fuimos jóvenes. Cuando fallaron otras apuestas económicas, ahí estuvo siempre el turismo para enjugar las pérdidas. Lo malo de esa cornucopia es que sometió muchas localidades costeras a una explotación inmobiliaria desordenada y que propició una ganancia fácil y rápida que alejó prematuramente a muchos jóvenes españoles de una formación profesional más exigente y de más recorrido. También favoreció el asentamiento entre nosotros de huéspedes extranjeros con una mentalidad neocolonial y menos miramientos cívicos de los que exigían sus países de origen, por no mencionar a los que se aprovecharon sin remilgos de una sanidad pública más accesible que la suya. Es decir, que los indudables beneficios que ha aportado a España el turismo no carecen de sombras y daños colaterales.

Hoy perduran todavía para bien y para menos bien, pero muchas cosas han cambiado en el reparto turístico no solo de España, sino de toda Europa y del mundo. ¿Cuál es el futuro de este negocio y de la cultura popular que le acompaña? ¿Cómo ha cambiado el turismo de sol y playa, en qué puede consistir su evolución previsible? ¿Cuál es la condición de los mismos españoles como turistas –ya no como rentabilizadores

del turismo ajeno— en su propio país y en otros lugares? Para ayudar a pensar esta cuestión que en nuestro país sigue siendo de primera relevancia proponemos en el presente número de la revista la mirada de varios especialistas, que tratan algunas de los temas mencionados y apuntan indicaciones para suscitar otros debates. Como siempre, procuramos ir más allá de los estereotipos comunes, sean celebratorios o catastrofistas.

Además, artículos sobre cuestiones políticas de innegable actualidad, como el planteamiento de listas abiertas —quizá un modo para recuperar el interés perdido de bastantes ciudadanos por las citas electorales— y el referéndum sobre la independencia de Escocia que tendrá lugar en septiembre. Después de la sobredosis balompédica que algunos estamos padeciendo y otros estarán gozando a causa de los mundiales, no viene mal una consideración rigurosa del torbellino económico que mueve el fútbol y que, desde luego, poco tiene que ver con el desinteresado fair play de los orígenes de ese deporte. Contamos con una contribución de alto nivel sobre este tema, por lo general prudentemente soslayado salvo ocasionales escándalos personalizados.

El presente año se cumple el centenario de las *Meditaciones del Quijote*, primera contribución mayor de Ortega y Gasset al pensamiento hispánico y europeo o, mejor, al pensamiento sin más apellidos. Con este motivo ofrecemos un comentario de la obra mencionada y también del importante estudio biográfico que Jordi Gracia ha consagrado al filósofo madrileño, mucho más actual por sus reflexiones culturales pero también estrictamente cívicas de lo que a menudo es políticamente correcto reconocer.

En el apartado de los obituarios, que no consideramos mera rutina panegírica sino una pauta de cortesía equitativa con quienes nos ayudaron a disfrutar de la vida con mejor sentido, nos ocupamos del narrador Gabriel García Márquez

y del poeta y ensayista Félix Grande. Las citas de este número corresponden a Baltasar Gracián, uno de los espíritus más originales de la mejor época de las letras castellanas, que suscitó la admiración de espíritus tan dispares como ayer Arthur Schopenhauer y hoy muchas business schools en busca de mentores prácticos.

Número 235 (julio / agosto 2014)